

ROSE GATE

LOS HERMANOS MILLER #1

HERMANO DE
HIELO

Quien me conoce dice que tengo el corazón de hielo. Me llamo Noah Miller y dirijo uno de los laboratorios más prometedores en medicina genética de Brisbane.

Mi hermano gemelo lleva unos meses desaparecido, y me ha dejado al cargo a sus hijos. Su mujer falleció hará seis años en extrañas circunstancias, y mi madre sería incapaz de encargarse de ellos.

Dylan me prometió que una amiga suya vendría para cuidarlos, y yo podría seguir con mi planificada existencia, pero lo que no esperaba era que esa persona fuese ella: Cristina Blanco, mi amor secreto de la adolescencia.

Fui su primer beso, uno robado que ella nunca quiso entregarme. Dylan provocaba amor en Cris, y yo sarpullidos.

El destino ha querido que ella llame a mi puerta y, ahora que la he dejado entrar, no quiero dejarla ir.

¿Será capaz el brillo de unos ojos grises fundir un corazón helado?

Introducción

Mi vida es una mierda, un completo y absoluto mojón de magnitudes cósmicas.

¿Sabéis ese famoso asteroide que siempre dicen que va a impactar contra la tierra acabando con nuestro mundo?

Pues ha impactado de lleno en el mío convertido en padre de uno de mis alumnos a punto de divorciarse. O eso creía mientras estaba tirándomelo, porque la realidad era que se le había olvidado contarle a su queridísima mujer que su matrimonio estaba en crisis, y a mí que no tenía intención alguna de separarse.

¿Que cómo no me di cuenta?

Seguro que piensas que soy una palurda integral y puede que tengas algo de razón. Excesivamente confiada, te dirían mis amigas. Y es que siempre me ocurre lo mismo con los hombres, elijo a todos los que llevan tara.

En el caso del cabrón de Guillem, mi último fracaso, me tragué todo lo que quiso contarme. Desde sus discusiones diarias, a lo incomprendido y ninguneado que se sentía porque su mujer era una alta ejecutiva que solo pensaba en el trabajo. Nada de sexo, nada de conversaciones, nada de muestras de cariño y blablablá; puedes imaginártelo. Siempre decía que amaba más a su iPhone que a él. Entre ellos había un intercambio de roles, Guillem era el que se quedaba a cargo de la casa y los niños. En su caso, el niño, que, casualmente, iba a mi clase.

Aprovechábamos las actividades extraescolares de Pe-layín, como cariñosamente le llamaban, para quedar en su maravilloso ático con vistas a la puerta de Alcalá. Y mientras él estaba empujando entre mis muslos conmigo canturreando aquello de «mírala, mírala, mírala, mírala...» A

quien vi por el reflejo del ventanal fue a su mujer pillándonos de pleno.

Mayday, mayday, asteroide colisionando en tres, dos, uno.

Su vuelo se había cancelado y había regresado justo a tiempo para el impacto.

Lo peor de todo fue que era, y sigue siendo, la sobrina del director del colegio privado en el que yo trabajaba. Donde había conocido a su marido después de asistir a varias tutorías por el bajo rendimiento de Pelayín. En mi defensa diré que me pilló con la guardia baja, y que no tenía ni idea del parentesco que lo unía a la persona que me pagaba la nómina a final de mes.

D.E.S.P.E.D.I.D.A.

Ese era mi actual estado. Mi falta de acierto a la hora de elegir pareja me había llevado al mismo punto de siempre, a sentirme una catástrofe sentimental.

¿Cómo iba a enseñarles algo a un puñado de críos cuando mi vida era peor que un cataclismo?

La culpa de todo la tenían Noah y Dylan Miller, ellos fueron el comienzo, mi despertar hacia el fracaso emocional. Si no se hubieran cruzado en mi camino a los trece, en pleno despertar sexual, nada de esto habría ocurrido, y ahora tendría un brillante puesto de trabajo y un adorable marido que me cuidaría cuando llegara agotada de dar clases.

¿No me crees? Eso es porque no tienes ni idea de lo que supusieron en mi vida, pero no te preocupes. Ya que estás aquí, y no tengo nada más que hacer en el próximo año...

Por cierto, déjame que me presente, que ya que voy a contarte mi vida, por lo menos que sepas quién soy. Me llamo Cristina Blanco, Cris para los amigos, veintinueve

primaveras, de metro sesenta y cinco y talla treinta y ocho. Eso sí, con mucho esfuerzo.

Mis amigas suelen llamarme la friki, porque sufro una mutación del síndrome de Diógenes que me lleva al coleccionismo compulsivo. Almaceno, en mi piso de setenta metros cuadrados, en el barrio de Lavapiés, tantos libros que tardaría tres años en poder leerlos todos –solo contando los que tengo sin leer–. Además, tengo una maravillosa colección de Funkos supercuquis por el simple placer de mirarlos. Menos mal que no soy alérgica al polvo, porque podría pasarme otros tres años limpiándolos.

Vivo obsesionada por Piglet, el cerdito amigo de Winnie de Pooh, desde que Dylan Miller me regaló uno para mi cumpleaños. Lo tengo absolutamente todo, desde la colcha hasta la escobilla de baño, y soy incapaz de no comprar cualquier objeto que contenga su amorosa carita.

Adoro los animales. Los roedores me flipan, y muero de amor por mi compañero de piso: un hámster con problemas de obesidad llamado Negri.

Este verano, ambos nos pusimos a dieta, pero solo yo logré adelgazar.

Comparto afición con mi amiga Alba por la PlayStation, las series de Netflix y las horas de lectura envuelta en una manta en mi cómodo sofá.

Soy bastante paranoica, miedosa y conducir me da pavor, a la vez que me convierte en una psicótica capaz de insultar al más pintado, incluso en arameo. Las agujas me aterran. Me considero un tanto impulsiva, malhablada cuando me mosqueo y una cotilla empedernida cuando me junto con mis amigas.



Ya te hablaré de ellas más adelante, porque no te creas que me he olvidado del motivo por el que sigues aquí, así que debes ser tan entrometida como yo si quieres que te hable de los Miller, aunque no te juzgo; cualquier mujer que se precie debería verlos por lo menos una vez en su vida, y es que... ¡Menudos hermanos!

¡Que me lío! ¿Qué tal si te lo explico y me dejo de presentaciones?

Pues eso, escúchame bien porque lo que voy a contarte no tiene desperdicio.



Capítulo 1

Los Miller



Cris

Verano del 2006, San Lorenzo de El Escorial. Madrid.

Llevaba desde septiembre viviendo en un palacio, y digo un palacio porque, para mí, pasar de un piso de sesenta metros cuadrados en Sevilla, a una casa de novecientos, asentada sobre una parcela de casi cuatro mil, lo era.

La «minivivienda» –léase con retintín– tenía la friolera de seis dormitorios, cinco baños y un aseo de cortesía. Biblioteca, zona de juegos con una preciosa mesa de billar, sala de lectura, comedor, cocina, varios salones y salas de estar. Además de dos terrazas con unas vistas que te cortaban el aliento. Dime tú si eso no era un palacio.

Por no hablar de la planta inferior, donde vivíamos, dedicada exclusivamente para el servicio. Teníamos cocina independiente, salón-comedor, tres dormitorios, dos baños, despensa y varias estancias para almacenaje. Aquella era nuestra nueva casa junto con mis padres, Dolores y su hija Engracia, que tenía *veintipocos*.

Nos habíamos mudado porque la fábrica donde trabajaba mi padre, hasta entonces de jefe de mantenimiento, había cerrado.

Mi madre se había dedicado a las labores del hogar y era una cocinera que ya querrían para sí muchos restaurantes con estrella Michelin. «La estrella Michelin del aprovechamiento», bromeaba siempre mi padre cuando hinca-

ba la cuchara en uno de sus guisos. Lo cierto es que eran de lo más ricos. Cuando había puchero andaluz, mis amigas suplicaban quedarse a comer.

Cuando me dijeron que nos mudábamos, lo pasé mal, fatal, para ser sincera. Entonces, tenía trece años y pensaba que ir a tercero de la ESO con mis amigas del alma, Rocio y Azahara, era lo más importante del mundo. No obstante, todo se vino abajo cuando en agosto le dijeron a mi padre que no hacía falta que volviera cuando terminara el mes de vacaciones.

—Un ERE en toda regla —anunció al volver a casa con los papeles en la mano.

Mi padre nunca había estado sin trabajar, llevaba haciéndolo desde que tenía uso de razón, porque eso de estudiar nunca se le había dado. A los veinte, lo cogieron en su empresa actual y fue ascendiendo hasta convertirse en el responsable de mantenimiento por méritos propios y algún que otro curso.

Como le dijo el director antes de echar el cierre: «no es por tu trabajo o tus aptitudes, que son muchas, sino porque a los dueños les sale mucho más barato fabricar en China».

¡Malditos hijos del sol naciente!

En cuanto le dieron la noticia, lejos de caer en una depresión, mi padre nos dijo que no nos preocupáramos, que lo arreglaría. Fue a la oficina del INEM, porque a currante no le ganaba nadie, y pidió que lo inscribieran en todas las ofertas que hubiera disponibles. También repartió currículums y tiró de contactos. Lamentablemente, no le sirvió de mucho, era un mes malo, una época peor y no había trabajo para alguien con su edad y conocimientos.

«No da el perfil» se convirtió en una frase demasiado recurrente, pero, aun así, no desistió.

Solían buscar a jovencitos recién salidos de la escuela, para pagarles poco y que tuvieran una larga vida laboral en la empresa. Así que cuando el veinticinco de agosto

una de las ETT a las que se había apuntado llamó al teléfono de casa, para comentar que tenían una oferta muy bien remunerada en Madrid, pero que era para un matrimonio y que por eso... «No daba el perfil». Ni se lo pensó.

Nos dijo a mi madre y a mí que hiciéramos las maletas, que nos mudábamos.

Poco importaron las lágrimas que derramé aferrada a sus piernas. No quería despedirme de mis amigas, ni de mi amor platónico: Juan Manuel, el vecino del quinto que me sacaba seis años y por el cual me quedaba muda cada vez que nos cruzábamos en la portería.

Para mi padre, era más importante llevarnos algo de comer a la boca que morir de hambre y de amor en Sevilla. Además, el trabajo era simple, cuidar de la residencia del embajador de Australia en Madrid.

Australia, que lejos sonaba eso... Según la mujer de la empresa de trabajo temporal, el hombre se pasaba el día fuera. La finca que cuidarían mis padres era propiedad de la embajada. El embajador solo venía para cenar y dormir, por lo que no había trabajo en exceso, más allá de mantener la vivienda limpia, en buen estado y darle de comer. Los días que habría más faena serían los que tocara organizar algún evento diplomático, o atender a otros mandatarios que vinieran de visita. Que solía ser una vez al mes o a lo sumo dos.

Oliver Miller, así se llamaba el hombre para el que mis padres trabajarían. Era serio, bondadoso, de porte elegante. Con el pelo castaño, salpicado en vetas plateadas, y ojos claros que le sumaban bastante atractivo, si te gustaban los hombres de la edad de mi padre o un poco más. Era muy alto, o a mí me lo parecía, pues, siempre que estaba cerca de él, tenía que doblar el cuello hacia atrás para enfrentar su mirada inteligente.

Lo único que exigía era discreción y profesionalidad. Estaba separado y tenía dos hijos gemelos que vivían en Australia con su madre. Dolores nos contó que en realidad

habían sido tres, trigemelos idénticos, solo que uno de ellos falleció meses después de su nacimiento, no se pudo hacer nada por salvarlo.

No es que escatimaran en medios. La mismísima exseñora Miller era doctora y se obsesionó por el fallecimiento del pequeño hasta la extenuación. ¿Quién podría culparla? Aunque se volcó más en la medicina que en su propio matrimonio. Al señor Miller le ofrecieron un puesto en la embajada que no rechazó. El resultado vino en forma de separación.

Llegaron a un acuerdo. Los hijos del señor Miller pasarían con él las vacaciones de los chicos, y el año lectivo con su mujer. Era un hombre muy sensato, por lo que no había exigido la custodia a la doctora Miller. Valoraba sobre todas las cosas la estabilidad de sus hijos, que era lo que necesitaba cualquier niño, por ello se limitaba a verlos durante un par de meses al año y pasar el máximo tiempo posible con los chicos, eso sí, cuando estaba en casa.

El problema era que en España el curso lectivo no concordaba con el Australiano, ni con la bajada de ritmo laboral del embajador, que era en los meses de julio y agosto. Por lo que los chicos iban a tener una mezcla de vacaciones con clases *online*. La escuela, haciéndose cargo del trabajo del embajador, les dejaba dar dos meses del curso con asistencia *online* y presentar los trabajos y deberes vía *mail*.

Yo habría sido incapaz de sacar los estudios así, no sabía cómo un par de chicos de dieciséis, en plena adolescencia, en un lugar lleno de distracciones, iban a conseguirlo. Aunque su padre tenía mucha fe en ellos, decía que eran brillantes, además de tener una gran retentiva. Él sabría.

Todos estaban trabajando mucho para dejar la zona exterior en condiciones. La elegante piscina de estilo antiguo debía estar impecable para los chapuzones que segu-

ro se darían. Madrid no tenía mar y, según el embajador, sus hijos eran muy de la playa.

La increíble piscina estaba rodeada de preciosos jardines, praderas y zonas arboladas con especies traídas de distintas partes del mundo.

A mí me encantaba perderme entre ellas al pasear, y sentirme como Bella, con un libro en la mano cuando me sentaba en la enorme fuente de piedra a leer a la fresca.

Cuando vi por primera vez la casa, recuerdo que le pregunté a mis padres si íbamos a vivir en un museo, ellos se miraron sonrientes y devolvieron la vista hacia lo que mis ojos captaban como una mansión de cuento. Cruzamos la verja y confieso que miré varias veces por si salía la Bestia del cuento para rugir que nos marcháramos. Sí, reconozco que soy un pelín fantasiosa.

Con lo que me di de bruces fue con la espléndida fachada principal, a la que se accedía por una impresionante escalinata de granito.

Se me escapó un «Dios» que no les pasó inadvertido a mis padres, que volvieron a mirarse con complicidad.

—Aquí tendremos trabajo para aburrir —observó mi madre.

—¿Asustada? —inquirió mi padre, pasándole la mano libre por la espalda. Ella se encogió de hombros.

—Más bien, inquieta; espero que estemos a la altura de un sitio como este.

—Ya verás que sí; si no, los de la ETT nos hubieran rechazado. Saldrá bien, no te preocupes.

Dolores era la Señora Potts de la casa, o lo que viene a ser el ama de llaves. Fue quien nos dio la bienvenida, nos enseñó la pedazo de mansión por dentro y nos llevó hasta las que serían nuestras habitaciones. Cuando le pregunté si estábamos en un palacio, al llegar a uno de los salones con pinturas enmarcadas en el techo y un mobiliario que podría haber estado en una peli de época, respondió que

la casa era conocida como Palacio de Guindos, aunque no lo fuera.

Yo seguía maravillada y perdida en tanta opulencia, no sabía si podría llegar a acostumbrarme a tanto lujo y perderme cada dos por tres entre tanta estancia.

No te negaré que me costó; allí no conocía a nadie, todo era gigantesco, extrañaba el calorcito de Sevilla, que se alargaba más allá del verano, y las risas de mis amigos. Además, las distancias entre las casas aledañas hacía poco probable que te vieras con los vecinos, y mis padres andaban liados la mayor parte del tiempo como para llevarme al pueblo en busca de nuevas amistades.

Lloré muchas noches, tantas que mi madre tuvo que comprarme colirio de lo enrojecida que tenía la esclerótica. Dijo que ya se me pasaría cuando empezara el colegio e hiciera nuevos amigos en San Lorenzo, municipio al que pertenecía la casa. Yo no lo tenía tan claro, nunca había sido socialmente hábil, a mis amigas las conocía desde la guardería, así que ellas no contaban.

Cuando puse el primer pie en mi nuevo instituto, se esfumó la esperanza de encajar desde el principio. Allí todos se conocían, me miraban de medio lado por el simple hecho de ser la nueva y era probable que por mi pasión por los lazos un tanto exagerados con los que adornaba mi cabeza. Al abrir por primera vez la boca, dijeron que hablaba raro, riéndose a mis espaldas al escuchar mi acento, o haciendo ver que no me entendían cuando hice el esfuerzo de dirigirme a un grupo de chicas. Definitivamente, no empezaba bien.

—Verá cómo se adapta —le dijo mi tutor a madre cuando se reunió con él al ver que mis notas bajaban—. Cualquier cambio es difícil, dele tiempo.

Ella se fue más tranquila, pero yo tenía la misma sensación que cuando empecé, no encajaba. El colegio era privado, el embajador se encargaba de pagar mis estudios, iba dentro del contrato.

No necesité demasiado para darme cuenta de que siempre sería la nueva, por lo menos, hasta que llegara otra que me arrebatara el título. Los grupos ya estaban hechos y yo estaba fuera. Me volví algo insegura, miedosa y taciturna, no estaba en la mejor edad para que me apartaran y saber lidiar con ello.

Traté por todos los medios de que no me afectara, de encajar, aunque eso supusiera olvidar mi propio acento o estilo, guardando aquellos lazos que mi abuela me había hecho con tanto cariño en un rincón del armario.

Me esforcé en aprender a comportarme como una señorita, a no comerme letras y que solo se notara que era de Sevilla cuando me ponía muy nerviosa o me enfadaba. Entonces, el acento se me disparaba a la vez que los tacos, una mala costumbre también heredada de mi abuela.

Tenía tan poca vida social que me volqué en perseguir mi sueño. Siempre quise ser maestra, desde niña jugaba con mis muñecas y las de mis amigas a que les daba clases. Mi madre me decía que si era lo que yo quería, que adelante, que debía estudiar muy duro hasta lograrlo.

Encontré mi particular refugio en la lectura, viviendo y soñando con la vida de los protagonistas de las novelas, la cual sentía como propia. Pasaba largas horas en la biblioteca de la casa devorando cualquier cosa que cayera en mis manos. Al señor Miller parecía no importarle que hiciera uso de ella, era más, me animaba desde que un día me vio observando fascinada todo aquel montón de libros desde la puerta.

–El conocimiento no ocupa lugar, puedes venir aquí siempre que quieras, pequeña Cristine –murmuró a mi espalda, dándome un susto que por poco me llevó a vomitar el desayuno. Le gustaba llamarme así, y a mí no me importaba, me hacía sentir especial, con aquel acento envolvente y cerrado que me recordaba a las películas de los americanos.

–Pero esos libros son suyos.

—Solo algunos, el resto venían con la casa, recuerda que este no es mi verdadero hogar, aunque lo intente. Igual que te ocurre a ti. No sé el tiempo que estaré, supongo que el que la embajada quiera, puede ser un año o diez, eso nunca se sabe. Mientras tanto, haz de este hogar también el tuyo y ven aquí siempre que quieras. ¿Me lo prometes? —Asentí, sintiéndome privilegiada porque el embajador fuera tan bueno conmigo.

* * *

—¡Cristina, por favor, coloca las flores! —exigió mi madre desde lo alto de la escalera. Cerré abruptamente el libro que estaba devorando con avidez en la sala de lectura.

—Ya voy, dame solo un minuto. —Acababa de descubrir la literatura romántica y Georgina Anderson estaba a punto de ser descubierta por el apuesto James Malory, un expirata tremendamente sexy que la había aceptado en su barco creyendo que era un chico. *Amable y Tirano* se llamaba el libro. Estaba enganchadísima a la serie de los hermanos Malory de Johanna Lindsey. Una autora muy reconocida de novela romántica-histórica que me hacía suspirar en cada página.

Soñaba con un amor como ese, uno que me removiera tan fuerte, tan profundo, que no pudiera hacer otra cosa que dejarme llevar por él.

En dos semanas, cumplía los catorce, y si tuviera que describirme como la protagonista de una historia, diría que mi pelo era tan negro como las alas de un cuervo, y mi mejor rasgo eran unos preciosos ojos grises rasgados, rodeados de tupidas pestañas tan oscuras como mi cabello.

Tenía un cuerpo redondeado, gracias a los pucheros de mi madre y mi poca pasión por el deporte. El pecho parecía resistirse a florecer, apenas tenía dos capullos por tetas y eso me sacaba de quicio. Mi madre decía que tar-